



Louis Auchincloss
La educación de Oscar Fairfax
 Traducción de Pilar Mañas Lahoz
 Libros del Asteroide, Barcelona, 2008

Manuel Arranz

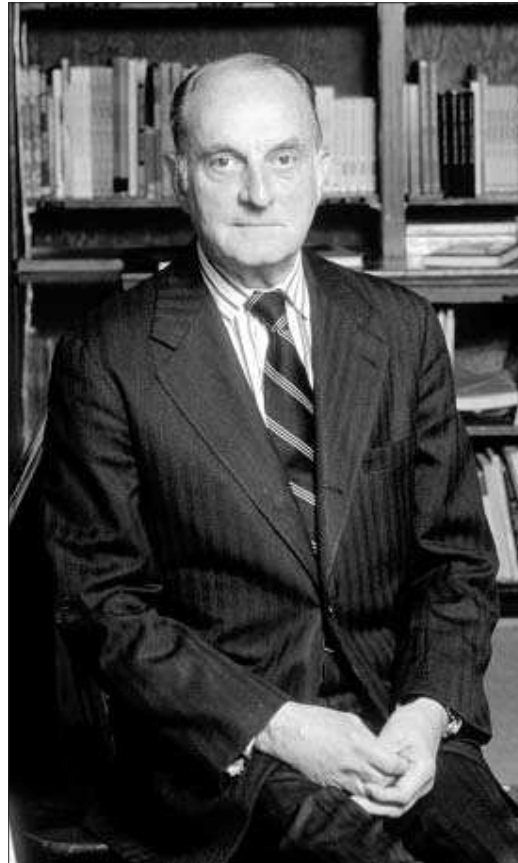
El término anacronismo se usa hoy constantemente para descalificar todo aquello que pertenece a épocas pasadas, por el mero hecho de pertenecer a épocas pasadas. Espero que la novela no acabe siendo un anacronismo. Esta, en cualquier caso, no lo es, y eso que está impecablemente escrita (y traducida). Aunque quizás se salve porque su tema, uno de sus temas claro está, es precisamente el anacronismo. Porque anacrónica era, por ejemplo, la educación que un joven de clase alta recibía a principios del siglo XX. No sólo porque las clases altas eran ya entonces un anacronismo, sino porque la educación empezaba también a serlo. Y no se trataba sólo de que lo que aprendían los susodichos jóvenes estuviera pasado de moda, pues aprendían más o menos lo mismo que ahora —quizás, sólo es una hipótesis, incluso más—, sino de la forma en que lo aprendían, del porqué lo aprendían, y de cómo lo que aprendían modelaba su conducta. Vamos, un anacronismo al cubo. (Y también es un anacronismo

Louis Auchincloss retrata en «La educación de Oscar Fairfax» el mundo de los abogados y del dinero, las virtudes y vicios de la clase alta de Nueva York en una novela cuyo estilo recuerda las narraciones de su admirado maestro Henry James.

Anacronismo

escribir una novela en 1995 como hubiera podido escribirla, pongamos por caso, y guardando las debidas distancias, Henry James. Amena, inteligente, con las dosis justas de ironía, perfectamente construida y perfectamente documentada. Pero esto lo ponemos, de momento, entre paréntesis.)

Aunque no supiéramos por la solapa del libro que Louis Auchincloss ha ejercido la abogacía en su país, la lectura de algunos de los capítulos de esta novela nos lo hubieran hecho, más que evidente, notorio. Como la lectura de otros nos descubren a un hombre que ha sido educado en un exclusivo internado (léase *college*) y conoce, como la palma de su mano, las altas esferas, que es donde se ha cortado siempre el bacalao (tengo que investigar este lugar común). También, por cierto, nos descubren a un impenitente amante de la literatura y devoto de *La educación de*



LIBROS DEL ASTEROIDE

ESCRITOR. Louis Auchincloss (Lawrence, Nueva York, 1917).

Henry Adams, modelo e inspiración de su novela en muchos sentidos. Así que decir que contiene elementos autobiográficos no pasa de ser una perogrullada. Yo incluso me atrevería a afirmar que más de una persona se habrá reconocido en más de un personaje. Incluso, para rizar el rizo, el autor incluye en ella un personaje novelista que retrata en sus novelas a las personas que conoce. Unos retratos inmisericordes los suyos, por supuesto. El arte está por encima de cualquier otra consideración, faltaría más. Siempre y cuando sea arte, apostillaría seguramente algún anacrónico personaje de la novela.

Pero hay mucho más en esta novela. *La educación de Oscar Fairfax* no se limita a retratar una clase social determinada, sus vicios y sus virtudes, que casualmente suelen ser los mismos, sino que cala más hondo, bastante más hondo. Porque como decía Henry James, uno de los admirados maestros de Louis Auchincloss, una novela tiene que entretener, pero también tiene que hacer pensar, contener alguna forma de pensamiento, y no siempre es fácil combinar las dos cosas. Esta sin duda lo consigue. Es amena, pero también tiene miga. Y permítanme terminar con una de las perlas del protagonista de la novela: «*Antes de renunciar a algo que me parece anacrónico, siempre me doy la vuelta: si hay gente haciendo cola para ocupar mi lugar, me quedo como estaba.*»

Publicada en el año 1995, la obra contiene las dosis justas de ironía

Así se sostiene



Yuri Herrera
Trabajos del reino
 Periférica, Cáceres, 2008

M. A. Hace unos días, volví a leer una vez más, recuerdo perfectamente dónde pero no viene al caso, que el grado de civilización de un pueblo donde mejor se percibe es en su lenguaje, que la lengua no sólo expresa las ideas que se tienen, y las que no se tienen, por supuesto, sino el estado general de todas las facultades mentales y materiales. Y quien dice de un pueblo, dice de una sociedad, de una comunidad, de una familia, y, naturalmente, de un individuo. Yo creo que esto es incuestionable y aplicable perfectamente a la literatura. De manera que podemos aventurarnos a decir que el grado de civilización de un pueblo donde mejor se percibe es en su literatura. Pero dejemos, de momento, la literatura, y volvamos a la lengua que, como hemos dicho, refleja como ninguna otra cosa las facultades mentales y

materiales de un pueblo. Si hiciera falta un ejemplo literario de esta hipótesis no literaria, lo tienen en esta espléndida novela del escritor mexicano Yuri Herrera, *Trabajos del reino*, que ilustra magistralmente esa teoría, y que sólo por eso sería ya merecedora de los mayores elogios.

Trabajos del reino, además a primera novela, cosa que resulta asombrosa dada la madurez que demuestra y el indudable dominio del tempo del relato, es una especie de ejercicio estilístico logradísimo, aparentemente banal, pero yo sospecho que calculado en todos sus efectos. En otras palabras, una novela de una frescura inusual, sin las cargantes referencias literarias tan de moda hoy en día, que convierten la lectura en una carrera de obstáculos para llegar a ninguna parte. Una novela que ha sido galardonada con el premio de Novela

Border of words / Frontera de palabras (Estados Unidos – México) de 2003, y acogida con auténtico, y comprensible, alborozo en México, que ojalá se repita en España, pues lo merece con creces.

Trabajadores del reino cuenta una historia actual a la vez que

intemporal. «*La historia se cuenta sola, pero hay que animarla (...) uno agarra una o dos palabras y las demás dan vueltas alrededor de ellas, así se sostiene.*» No hay más truco en este oficio dice su protagonista. Hay que animarla, así se sostiene la historia. No voy a decirles de qué historia se trata, pues no quiero aguarles la fiesta de la lectura, sólo les diré que yo nunca había oído contarla así, y que en ocasiones hasta tiene tintes shakespearianos. No les digo más que la corte del rey del cártel del narcotráfico se parece mucho a la corte del rey de Dinamarca, que también allí algo huele a porrido, y que su Bruja se da un aire a Lady Macbeth, que si no llamó al rey maricón para empujarle a la venganza, fue sólo porque eran otros tiempos. Y por lo del lenguaje que hablábamos al principio, claro.

Yuri Herrera ganó el premio Frontera de Palabras con «Trabajos del reino»